

MARIO LEVRERO

Diario de un canalla
Burdeos, 1972



LITERATURA MONDADORI

Mario Levrero nació en Montevideo en 1940 y falleció en la misma ciudad en 2004. Fue librero, guionista de cómics, humorista, creador de crucigramas y juegos de ingenio, y autor de una extensa obra literaria que abarca el cuento, la novela y el ensayo. Escritor de culto y casi secreto, en los últimos años se ha convertido en maestro y referente imprescindible para gran parte de la mejor literatura latinoamericana actual.

Prólogo

Los textos de este libro son fruto de dos grandes aventuras vitales de Jorge Varlotta, una por amor y otra por necesidad. Las dos tuvieron una considerable influencia sobre su manera de escribir.



En 1972, a pesar de haber publicado ya una novela y un libro de cuentos firmados como Mario Levrero (su segundo nombre y su segundo apellido), seguía siendo en Montevideo un escritor casi secreto, leído apenas por unos pocos fieles devotos. Contribuía a esa invisibilidad su invencible fobia a relacionarse con algo más que un puñado de amigos. Sin embargo, un día aceptó —a través de la revista *Maldoror*, en la que colaboraba— asistir a un cóctel en la Alianza Francesa. Al día siguiente, muy excitado, me contó una sorprendente experiencia:

hacía frío y durante toda la noche se había quedado en la zona más agradable de la sala, de espalda a una pared que tenía instalada una estufa. Al terminar la reunión había mirado en esa dirección y descubierta que aquello no era una estufa sino una mujer. La mujer, de la que se había enamorado perdidamente, se llamaba Marie-France, trabajaba en la embajada francesa y estaba a punto de volver a su país. Unos días más tarde me la presentó y los dos me anunciaron que pronto se irían a vivir juntos a Burdeos.

Jorge Varlotta detestaba viajar. “Uno pasa a ser un desconocido para uno mismo cuando sale del lugar habitual”, dijo en una entrevista. A los treinta y dos años sólo conocía de su país el balneario de Piriápolis, a donde se habían trasladado sus padres y donde vivía su amigo y mentor Tola Invernizzi, que en 1966 le había arrancado página a página *La ciudad*, su primera novela; de Argentina conocía la ciudad de Rosario, donde en 1969 había vivido tres meses con la familia Gandolfo y escrito la primera versión de *El lugar*. Si no era muy necesario prefería no alejarse de su apartamento de la calle Soriano, y su decisión fue recibida por todos con incredulidad y después con admiración.

Al llegar a Burdeos empezó a pedir a los amigos que le enviáramos yerba mate por avión. Sabía que los muchos kilos que había embarcado con los

objetos de mudanza de Marie-France podían tardar meses y no estaba en condiciones de soportarlo. Poco después me contó: “Soy el único ser humano que toma mate en Burdeos”. Y con el alto concepto que tenía de sí mismo, añadió: “Quizá soy el único ser humano”.

Cuando ya parecía que se quedaría a vivir en Burdeos, empezó a hablar de una cierta angustia recurrente. Se le estaba acabando el dinero, no podía trabajar y no se sentía cómodo. Un día, mientras leía el diario en la cocina, notó con pánico que el francés le invadía la mente y amenazaba con impedirle pensar en español. La magia se había roto y supo que había llegado la hora de volver. Vivió unas semanas en París y después subió a un avión por última vez en su vida. (Tres años más tarde, la revista argentina *Siete Días* organizó un concurso de cuentos policiales cuyo premio era un viaje a París. Jorge escribió un cuento, “El factor identidad”, pero decidió no presentarlo por miedo a ganar y tener que volver a hacer el viaje.)

En marzo de 1973, transformado por la experiencia que acababa de vivir, tomó de repente un nuevo rumbo como escritor, opuesto al de los ámbitos asfixiantes y kafkianos de su primera etapa, al escribir en una semana *Caza de conejos*, colección de cien textos breves de sorprendente creatividad

verbal, en los que incorporaba con naturalidad, por primera vez, el humor que tanto prodigaba, escudado detrás de numerosos seudónimos, en revistas satíricas de la época. Al año siguiente confirmó ese notable cambio con *Nick Carter se divierte mientras el lector es asesinado y yo agonizo*.



En los primeros meses de 1985, agobiado por deudas y la falta de proyectos viables en Montevideo, aceptó trasladarse a Buenos Aires y dirigir un par de revistas de crucigramas dentro la empresa editorial de su viejo amigo Jaime Poniachik. Esa decisión de iniciar una nueva vida en una ciudad grande y desconocida, tan opuesta a su tranquilo y gastado barrio montevideano, acostumbrado a sus fobias, resultaba, conociéndolo, tan inimaginable como la que lo había llevado a cruzar el Atlántico. Curiosamente, se adaptó enseguida: por primera vez en su vida tenía un trabajo con horario “normal” y un sueldo decente. Por primera vez vivía sin angustias económicas haciendo algo que le gustaba, en una ciudad donde (pronto descubrió) sus pares conocían y admiraban su obra. A los cuatro libros suyos ya publicados en Buenos Aires pronto se añadieron dos más, escritos en la última década y hasta ese momento huérfa-

nos de editor. Sin embargo, pese al reconocimiento que sentía como escritor y a su afición por la ciudad, arrastraba desde Montevideo dos cargas que no lo dejaban en paz: una fea y todavía dolorosa cicatriz, producto de una reciente operación de vesícula con infección incluida y el comienzo titubeante de una novela concebida para exorcizar el miedo a la muerte cuando supo que la operación era inevitable. La novela debía rescatar una serie de experiencias que él había vivido como “luminosas”.

Cuando descubrió que ya llevaba casi dos años viviendo cómodamente pero sin poder disponer del tiempo de ocio necesario para ocuparse de la novela, que consideraba esencial, reservó las primeras vacaciones para examinar la situación y tomar medidas. El resultado fue el fundacional “Diario de un canalla”, en el que no se perdona el abandono de su lado espiritual aunque fuera por razones de supervivencia. No logra reencauzar la novela, pero descubre un instrumento hecho a su medida: la entrada de diario, que le permite transmitir cualquier cosa con naturalidad, sin demasiada elaboración, como si conversara con el lector. Años más tarde le serviría para componer su obra maestra, *El discurso vacío*, y el fascinante *Diario de la beca* que precede a la frustrada *Novela luminosa*.



Hacia el final de su larga vida, en un viaje al sur de Inglaterra, W. H. Hudson se enfermó gravemente. Durante el segundo día de hospital, entre accesos de fiebre, empezó a recordar con asombro su niñez y su adolescencia en la lejana Argentina, “una visión maravillosamente clara y continua del pasado; podía recorrer todo con la mirada y detenerme donde quería para examinar cualquier detalle”. Pidió un cuaderno y seis semanas más tarde salió de allí con esa maravilla autobiográfica que es *Allá lejos y hace tiempo*. Un año antes de morir, Jorge Varlotta, a quien terminará devorando su casi seudónimo Mario Levrero, empezó a tener problemas de insomnio mayores que los de costumbre. Le empezaron a venir recuerdos antiguos y en algún momento lo asaltaron imágenes de su experiencia de 1972 en Burdeos. Durante casi dos semanas, desde la cima de su arte del yo, recuperó anécdotas y emociones de otro tiempo y lugar que ahora son también nuestras.



“Diario de un canalla” y “Burdeos, 1972” nos acercan dos momentos fundamentales del más cer-

cano de los escritores. Dos textos magníficos, hijos de la necesidad y del amor.

MARCIAL SOUTO*

DIARIO DE UN CANALLA

* Marcial Souto (La Coruña, 1947) vivió en Montevideo, Buenos Aires y Barcelona, y en las tres ciudades fue el primer editor de libros de Mario Levrero.